



Después de un largo y accidentado viaje de vuelta a la Patria por el Pacífico, el velero chileno "Cóndor" ya escaso de víveres estuvo varias semanas encalmado a 370 millas de la Isla de Pascua. En este período las provisiones y el agua se agotaron casi totalmente. Un bote del buque fue a Pascua en busca de abastecimientos y a pedir auxilio, porque esa nave mercante no disponía de radio. Los nombres que se mencionan en este relato (al frente) son auténticos así como la presente fotografía de la nave. En su oportunidad la Liga Marítima de Chile otorgó a los cuatro protagonistas de esta aventura en el bote, una medalla y un diploma que testimonia el reconocimiento de la Institución por sus méritos.

Episodio en el Pacífico

Por

Ricardo VALENZUELA

El primer oficial surgió de la escotilla despezándose. Estiró los brazos, aspiró voluptuosamente el aire tibio, inmóvil.

Miró al segundo oficial y le espetó con una sonrisa escéptica:

—Recién despierto... pero comí un sandwich delicioso. ¡Ah, si hubieras estado conmigo...!

El otro le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo, adónde?

Estaban parados en la toldilla junto a la rueda del timón, momentáneamente abandonada, que caía a babor y estribor con suavidad, produciendo un chillido monótono de goznes viejos.

El sol apenas destellaba en los cobres velados por la intemperie y la sal marina.

—¡Cuéntame! ¿Cómo fue eso? ¿Cómo lo conseguiste?

Tragaba un poco de saliva; remojaba con la lengua sus labios resecos.

—Nada... No he conseguido nada... Únicamente soñé. Pero te advierto que el sandwich era enorme. Como no lo has visto jamás en ningún bar. Cada lado del pan era como una mano del contra maestre. ¿Le has mirado alguna vez las manazas al contra maestre? Bueno... imagina al contra maestre rezando, con las manos juntas, y un buen pedazo de filete entre ellas.

El segundo oficial sonrió.

Un pájaro marino pasó graznando y parecía tan hambriento como ellos.

—Te has divertido en grande... No hay dudas. Y bien, ¿qué otra cosa comiste?

Lo miraba como si su amigo volviera de otro mundo.

Todavía quedaba un poco de ansiedad en su voz.

—Bueno... creo que además bebí una cerveza con bastante espuma, pero...

¡Cuantos días de hambre y aburrimiento en aquella calma mortificante, sin ni siquiera percibir en el rostro el paso de una brizna de viento!

—Sí, bebí una cerveza con abundante espuma, pero tú sabes... los sueños. Al principio era un buen vaso de cerveza fresca. Después parecía un vomitivo, ¡aj!

Ya hablaban como si el asunto realmente hubiera ocurrido. El filete... el pan, la cerveza. Y sin embargo todo tan lejos. Inalcanzable...

—¡Claro, estaba mala! ¡Podrida como el agua de la sentina! La del estanque ya tiene un gusto... Debía llover; llover como en el diluvio para bebernos toda el agua y lavarnos.

—No lloverá. Nos derretiremos aquí. Nunca debí meterme en un buque a velas... por lo menos si no tiene máquinas.

Era un hermoso cinco palos de sólida construcción canadiense. De aquellos que transportan maderas de Vancouver a San Francisco. Bellas estampas que ya no se avistan en el Pacífico. Alguien lo adquirió en Valparaíso. Ahora era chileno... Y ahí estaban esta vez por puro gusto; por puro gusto de navegar a velas...

Y no navegaban, porque la calma duraba ya muchas semanas. De día, el sol abrasador. De noche, la cúpula oscura llena de rutilantes estrellas; la sombra de los mástiles, las lucecillas indispensables de dos o tres fanales de petróleo, que apenas se movían izados en los estayes.

—En fin, ¿bajarás a dormir?— inquirió el primer oficial.

El más joven se encogió de hombros. Dió unos pasos en cualquier dirección.

—No sé— respondió.

Alguién picó la hora en la campana de proa. Debió ser Cachitreo que había servido en la Armada.

—“Es el régimen, señor, como en la Escuadra cuando está en Valparaíso”.

El eco de las campanadas se perdió en la distancia. Produjo como una vibración en la mar quieta y resplandeciente.

El perro ladró como solía hacerlo en días de niebla, y luego vino a popa, gimiendo, las orejas caídas, los ojos tristes un poco babeante también a causa de la sed.

“A lo mejor habrá que sacrificarlo, si esto dura”, pensó el oficial joven. Le acarició la cabeza. Decidió al fin bajar a su camarote.

Mientras bajaba la escalera sintió el vaho sofocante de abajo. Variedad de olores en los que se mezclaban los naturales del buque y algo de podredumbre en alguna parte; quizás ratas muertas entre las tablazonas; también en el agua sucia que se acumulaba en la sentina.

—¡La hora!— dijo acordándose de Cachitreo—. ¿Qué importan las horas? ¿Qué me importan “a mí” las horas?

De noche él también vivía horas obsesionantes, entre el desvelo y el sueño, como entre dos aguas. Le parecía deslizarse

entre cortinas verdes, heladas, transparentes y veía todo claramente alrededor, como si se sumergiera en un acuario. Su gorra blanca, colgada de un gancho en el mamparo, se convertía entonces en esfera de reloj. Los punteros demoraban una hora en caminar un minuto. O bien se hacían muy largos y ya no eran minutos sino horas. No sabía.

Al amanecer, cuando penetraba la luz del sol y empezaba el calor más intenso, los punteros dejaban de andar. Si no tenía guardia, pasaba el tiempo tendido en la litera, entretenido en matar cucarachas.

Luego venía la puesta del astro, llenando el horizonte como un inmenso cuadro impresionista. Y así se perdían todos los minutos transcurridos durante el día.

Al cabo de un rato subió a cubierta y caminó hacia proa con pasos flojos. A popa unos hombres estiraban una manguera para el baldeo con agua salada. La manguera parecía reseca como sus propias gargantas. Rain y Avila estaban en el grupo. Como Cachitreo eran buenos para remar. Observó unos instantes al conjunto. Todavía se veían bien, pero cansados. Esa fatiga de las latitudes tropicales que consideraba la peor fatiga.

En la mitad del buque divisó al cocinero. Se hallaba en la puerta de su "clínica", con el gorro y el delantal como si fuera a preparar un banquete. Pero se mantenía inactivo, mirando el agua con ojos ausentes. De vez en cuando, distraídamente, probaba el filo del cuchillo en la yema de los dedos pulgares.

¿Cuánto tiempo que no pelaba una papa?

La otra noche también había soñado... El barco tocaba en Ancud. Un gran cargamento de papas, y el capitán en persona se había hecho presente en la cocina.

—"Brito— le había ordenado—. Hay que pelar todo este cargamento y cortarlo como si fueras a hacer papas fritas".

¿Se había vuelto loco el capitán?

Despertó sobresaltado.

Se incorporó sobre los codos en la almohada grasienta, que ya no tenía funda, y gritó al pinche que dormía en la litera de arriba:

—¿Haz oído hablar de unas papas?

—¿Qué papas?

—Las de Chiloé.

—¡No me diga, mi jefe!... ¡Claro que he oído! Si ahora mismo supiera que hay una debajo del buque, me sumergiría para rescatarla. ¡Ah, mi jefe, las papas de Chiloé! Una vez, en un curanto...

—Cállate, imbécil.

—¡Bah!

Calló y se acordó que el cocinero ya le había hecho otras preguntas parecidas, con reacciones parecidas...

"A lo mejor —pensó— cuando volvamos a Valparaíso me dan a mí la cocina... Parece que el viejito ya las está viendo"

—¿Qué hay, Brito?— saludó el oficial interrumpiendo la prueba del cuchillo en los pulgares.

—Ni aire, señor— contestó con leve ironía.

El fogón estaba apagado; pero todo en el interior de la cocina brillaba en perfecto orden.

—Habría tomado un café.

—¡Ah, señor!— respondió desconsolado, porque los cocineros de a bordo no conciben que también pueda agotarse el café.

—No son estos tiempos para navegar en veleros, señor.

—Así es.

El sol se hallaba en el cenit.

Algunos hombres tendían líneas de anzuelos por la borda.

Las velas flojas crujían en el aparejo, como trapos inútiles.

* * *

A media tarde el segundo oficial obtuvo el permiso del capitán. ¿No estaban próximos al desastre por falta de víveres y agua?

Desde varios días daba vuelta a la idea.

Pascua, la Isla de Pascua, se hallaba a trescientas setenta millas de distancia.

El con tres hombres en un bote, a remo y velas, podría llegar hasta la isla, solicitar auxilio y, con un poco de suerte, retornar a bordo con lo indispensable. ¿Qué más daba?

El capitán frunció el ceño.

—¡Hum!

—Y al fin ¿qué otra cosa nos cabe? Acá la mar está desierta.

Se discutió todavía el asunto. Al atardecer era cosa decidida.

Se pidieron voluntarios.

Rain, Avilés y Cachitreo.

—Con éstos llegó —dijo brevemente el joven oficial al despedirse.

Toda la dotación, desde el capitán, quedaron apiñados en la borda, contemplando a los que se alejaban.

—¡Adiós, viejo... , afirmate la cincha!

Y otro desde por ahí, sin que lo descubriera el capitán

—Si volvís, Cachitreo, tráete una pascuense.

—Sí, y preséntate bien, que no se te vaya a arrugar la camisa.

Chanzas, gritos; pero en el pecho de todos como una opresión, como una angustia disimulada que encontraba escape en estos mismos gritos.

Los del bote sonreían y bogaban acompasadamente.

Apenas podían distinguirse sus fisonomías en el crepúsculo.

—¡Adiós, capitán!

—¡Que le vaya bien, Roblín!

El oficial iba sentado a popa, gobernando el timón.

★

A media noche ya no se divisaban las luces del "Cóndor".

Una obscuridad profunda bajo el cielo sin estrellas. Y el oleaje lento, pesado, como si la mar fuera una cosa espesa.

Pasan las horas, y otro día y otro. Y las noches interminables que envuelven silenciosamente al bote.

Y algún día, después de mucho tiempo, Roblín me escribirá, recordándolo: "...y es que aquellos que por una vez en la vida han podido sentir a su alrededor, desde una pequeña embarcación, el silencio solemne y poderoso de los océanos, llevarán por siempre impresas en sus almas la llamada obscura y violenta del mar".

Con todo, en el bote, la vida tiene más atractivo que en el velero encalmado. Se sienten más unidos, de mejor humor. Ahora hace viento y pueden izar la vela. La embarcación se tumba y corta el agua rápidamente.

—"¡Como en un yate!"— observa Cachitreo con emoción y se acuesta en el fondo.

El oficial consulta sus instrumentos. El reloj de bolsillo, el sextante, la carta Maury. Apunta en su libreta de bitácora: "S.E. 5, marejada. Tres píldoras de leche malteada tres veces al día. Una galleta de soda y un centímetro cuadrado de chocolate amargo. Agua dulce racionada".

El bote cabecea día y noche.

Altas olas. Espuma y polvareda de agua rodando desde el horizonte.

„Una noche, en Valparaíso, fuimos donde la..."

Cae el viento. Hay que acudir nuevamente a los remos. Y los hombres, con las caras rojas, los labios secos, se aprestan para escuchar la historia.

Otra vez el bote alza la proa, se mantiene un momento en equilibrio sobre la cresta de la ola y cae profundamente en el seno de otra. El chapuzón los empapa a todos.

Sobre las espaldas de los bogadores chorrea el agua. El oficial se seca la cara con el pañuelo.

—"¡Firme, muchachos!"

Las nubes bajas pasan rápidas, sin decidirse en lluvia.

—"Y, como decía, una noche, en Valparaíso..."

Altas olas, espuma rodando desde el horizonte.

Y se reanudaba el cuento... "Una noche, en Valparaíso...".

Así llegaron a Pascua.